

Año VI.

Barcelona,

28

Julio, 1892.

Número 27

# LA SEMANA Cómica



15 céntimos.

*A. Figueras*

NUESTROS ACTORES, por Renau.



Ayuntamiento de Madrid

EMILIO THUYLLIER



## OROZCO Y JUAN LANAS

Algunos críticos, á quienes ha otorgado el público ese dictado con demasiada benevolencia, declararon, á raíz del estreno del drama *Realidad*, que Orozco (el verdadero protagonista del drama nuevo que allí se plantea) es un Juan Lanas, tonto y ridículo.

No me extraña. La tradición nuestra es la del marido de Calderón, que mata, colérico, arrebatado y vengativo: el marido que perdona es, para nuestro pueblo, un sér débil é inferior, confundiendo con el que tolera vergonzosamente. Orozco perdona de un modo especial, ó mejor dicho, no perdona, como ya he tenido ocasión de explicar en otro artículo: y en esa actitud heteroclitica y, hasta cierto punto, nobien definida, está el punto difícil de la interpretación.

Por eso no lo han entendido muchos, ó lo han entendido al revés.

Yo, que he defendido repetidamente la creación ideal de Orozco, y aplaudido el soplo ético que trae á la escena, quiero ahora defenderlo como hombre, aunque esto me lleve á condenar un poco su psicología. Bien se me puede permitir esto, en gracia á lo otro. Y digo, para empezar, que no hay en Orozco ninguno de los caracteres de condescendencia, de debilidad y de indignidad que hacen de un marido un Juan Lanas. Dejemos por ahora á un lado la elevación moral de Orozco, que le coloca en circunstancias especiales, sobre las que hemos de volver. Téngase en cuenta que la noticia del adulterio de Augusta le recibe Orozco al tiempo mismo que la del suicidio de Viera. El rival, el ofensor ha desaparecido: no es más que una sombra. Queda sola la mujer. La lucha es muy diferente: falta uno de los términos del problema, quizá el que más enciende la pasión del macho herido en su sentimiento de poseedor de la hembra.

El punto de vista desde el cual aprecia Orozco sus relaciones con Augusta, difiere mucho del pensamiento común. Lo que á él le importa es la comunidad espiritual de vida, la homogeneidad de las ideas y de la conducta, el temple moral idéntico y conforme. Ha comprendido que si la mujer propia no es una compañera en todo el sentido ideal de la palabra, se queda en concubina y ama de llaves.

Por desgracia, Augusta es de una educación y de un temperamento absolutamente distintos de los de su marido. *Exponénciamente*, no podrá nunca entenderlo: viven en mundos diferentes, en grados de civilización muy distantes. ¿No hay remedio para esta disparidad? Sin duda; pero quien lo ha de aplicar no es el inferior, sino el superior. A este toca ser, como Virgilio con el Dante, *duca, maestro, è signore* y llamar á sí al descubierto. Mas para esto se necesita una ductilidad especial de espíritu, la ductilidad de los verdaderos maestros y propagandistas; una vocación característica de redentor de almas; una moral altruista y trascendente: y todo ello falta á Orozco. En esta falta reside precisamente su

condición más humana, aunque también la menos humanitaria, y, al propio tiempo, su limitación ideal, mucho mayor de lo que á primera vista parece. Orozco es un santo del individualismo absoluto: no conoce ó no ha comprendido el alcance de aquella máxima de Michelet: «Nadie se salva solo». Su moral es egoísta; atiende á la propia perfección, y no se preocupa de la ajena. Gasta todas sus energías en depurar su alma, con el refinado placer de un sibarita que se esconda para celebrar, sin compañeros, sus más espléndidos banquetes; pero no sabe, no acierta á tender la mano al prójimo, que también podría, y aún tal vez quisiera, salvarse. Es un carácter de eremita, pero no de apóstol.

La consecuencia es inevitable. Orozco se encierra de cada vez más en la torre blindada de su perfección, poco á poco conseguida y acrecentada. Desea que Augusta le siga en el camino; pero no sabe invitarla á ello más que con frases abstractas, con apotegmas que proceden de un desarrollo mental muy superior, casi contrario, al que tiene Augusta. Es imposible que ella los entienda. Los oye como el niño párvulo un trozo de metafísica de Kant. La adaptación de Augusta es una obra lenta, que su marido estaba obligado á hacer, puesto que sentía su necesidad, so pena de dar sanción al profundo divorcio real (aunque no aparente) que existió entre ellos desde el primer día. Era preciso hablarle con lenguaje humano, sencillo, de perfecta ecuación con su estado mental: era preciso trabajar el campo de aquel espíritu infante con constancia, con humildad, con paciencia y amor infinitos, en vez de dejarlo á merced de sus propias fuerzas, entregado á la mala vegetación espontánea de las pasiones, víctima de las terribles sacudidas de la vida moderna. Orozco no ha comprendido esto: no educará á su mujer por que no sabe educar, como no sabe apenas nada de las relaciones morales con los demás hombres. Hace el bien á la antigua, derramando sus beneficios con los ojos vendados, como la loca fortuna, pero bien se ve que lo que le importano es el bien mismo, sino el que sea obra suya.

Sus beneficios no tienen intención social: los realiza por el placer subjetivo de sentirse capaz de ellos. Orozco podría, él propio, llegar á ser un santo; pero sin discípulos. ¡Cuántos hay así en la vida, moralistas llenos de egoísmo, que no son capaces de ayudar al prójimo para que también se redima y que luego lo desprecian desde lo alto de su pretendida perfección! ¡Cuántas veces los divorcios de la amistad y de la familia se engendran de una falta absoluta de apoyo que el fuerte no sabe prestar al débil y que este ansia y espera.... espera.... hasta que se rinde de esperar!

Por todo esto cuando, llega la catástrofe, Orozco se conduce como un seminarista á quien confiaran de repente el Ministerio de la Gobernación. No tiene tacto ninguno para con Augus-



ta. En aquellos momentos, Orozco se parece al marido de Ana Karenina; y Augusta, como Ana, no lo entiende, se desespera ante aquella rigidez, aquella frialdad en que su falta de adaptación traduce (no sin lógica) el imperativo moral de su cónyuge. Orozco no perdona a su mujer: todo su empeño consiste en hacerla confesar, comprendiendo, con gran alcance, que para el pecado todos somos débiles; pero que sólo merecen el perdón los que lo confiesan, lo lloran y lo purgan en dolores de conciencia. Aquel acto es, sin embargo, un imposible para Augusta: pedirselo de improviso sin otro precedente de educación moral, es una locura; equivale a pedir que un salvaje recién bautizado ame a todos los hombres con el amor de un San Francisco. El esfuerzo de humildad, el inmenso deseo de corrección que supone confesar la falta, no puede venir sino como resultado de una larga evolución, de un persistente trabajo depurativo sobre el alma. Orozco no lo ha hecho con su mujer, y se atreve a pedir con insensatez marcada que dé fruto un árbol del que no ha sabido cuidar a tiempo. En el instante más difícil, en la crisis más formidable, la deja sola, y todavía la exige que por propio esfuerzo suba hasta él sin tenderle la mano. Hace como los aristócratas, que piden al pueblo que sea culto y cortés, sin haber hecho nada antes para que llegue a serlo.

Este primer error, engendra el segundo. Augusta sucumbe, no confiesa, se queda en su pequeñez, y Orozco.... la deja caída. Su elevación sobre el vulgo, le aparta de la pasión furiosa de

los celos, que lleva al homicidio; pero aquí se para. No alcanza ni a perdonar ni a compadecer: mucho menos a interesarse por el pecador de tal modo, que todavía intente su corrección. [El fondo soberbio de la moralidad egoísta (si valen juntas estas dos palabras) que hay en Orozco, se revela en el desprecio con que se aparta, se desprende de Augusta. Ya no es posible ni matar ni absolver: Augusta ha muerto: no es una persona, no necesita auxilio (ahora más que nunca por el contrario,) no hay en ella esperanza ni posibilidad de corrección. Orozco arranca de su alma aquel cariño que le unió a su mujer, y juntamente se arranca todo amor humano. Con Federico es todavía más puro y más perfecto: lo perdona y lo abraza; a Augusta no la perdona, ni la comprende. No es él a buen seguro, quién la salvará de la miseria moral, porque para esto es preciso sentir algo por el misero, y Orozco no siente ya nada por su mujer. No, no es Orozco un Juan Lanas. Le sobra ideal y aún energía para ser cosa tan despreciable y baja; pero no es un santo, ni siquiera un cristiano, porque su perfección es egoísta, estrechamente personal y dura. ¡Cómo serán los maridos tradicionales de nuestra literatura y de nuestra realidad social, para que, no obstante, resulte Orozco de una sublimidad moral digna de aplaudirse y loarse! ¡Oh, relatividad de las cosas humanas! ¡Y con cuanta razón dijo Jesús que su reino no era de este mundo!

RAFAEL ALTAMIRA.

## EL USTED

Concédeme la merced,  
candorosa Mariquita,  
de escuchar una erudita  
digresión sobre el *usted*.

El *usted* es un vocablo  
de etimología tal,  
que en el lenguaje actual  
debió de meterle el diablo.

La prueba es, que nadie a Dios  
a hablar de usted se ha arrojado;  
todos los pueblos le han dado  
el cordial *tú*, el noble *vos*.

Ahora, ese *usted* violento,  
esa voz estrafalaria,

vergonzante y perdularia,  
se ha formado en el tormento.

Pues poniéndole en un potro  
dijo uno: «vuestra merced»,  
a «usareed» la redujo otro  
y al fin se quedó en *usted*.

Y *usted* es una dicción  
corcobada y contrahecha,  
que hace muy escasa fecha  
que entró en la conversación.

Y en ella hiere mi oído  
esa bárbara palabra,  
como balido de cabra  
en lengua de hombres nietido.

Y si en la conversación  
la frase frunce y arruga,  
en verso, es una berruga  
de la versificación.

Así, pues, Marija bella,  
hazme por Dios la merced  
de suprimir ese *usted*  
que los timpanos desuella.

Yo soy todo poesía,  
gala y confianza tierna,  
y el *usted* desencuaderna  
toda mi galantería.

José ZORRILLA.

## NAUFRAGIOS

### I

En un lecho de nácares dormía  
la blanca luna iluminando el cielo  
y el mar a su reflejo parecía  
una alfombra de raso y terciopelo.

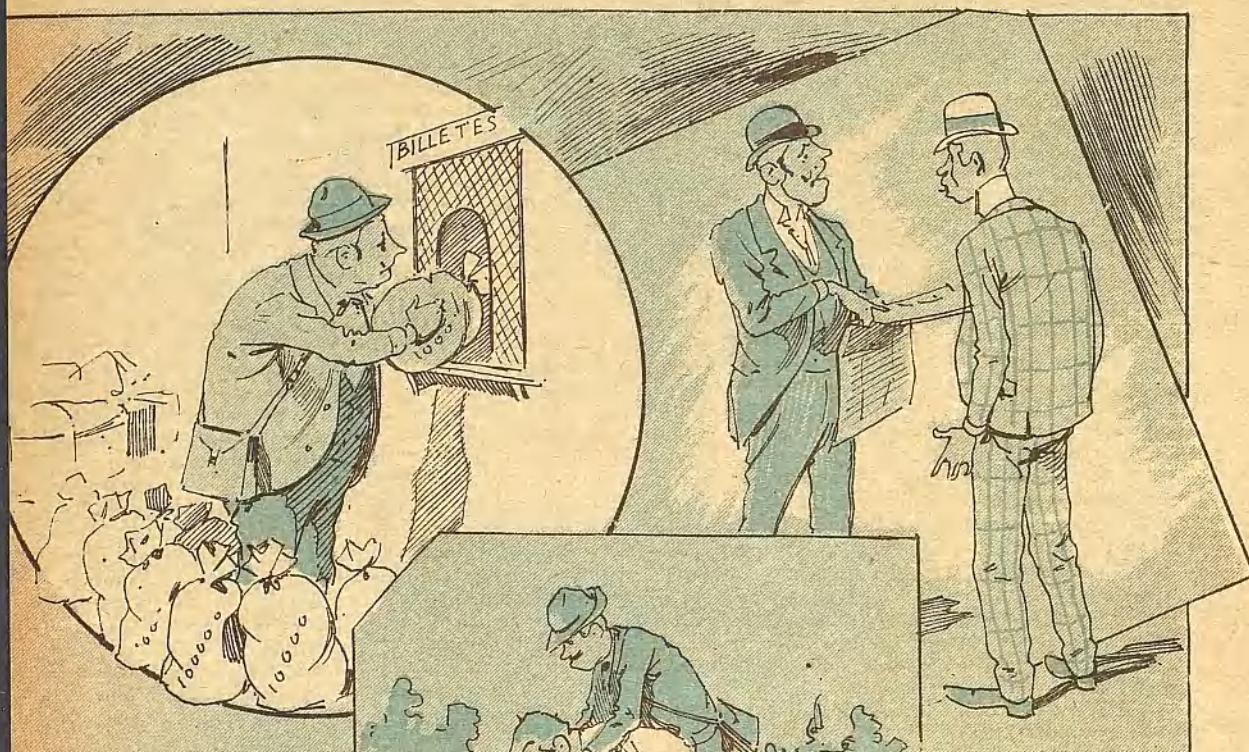
Sobre la mar azul, quieta y rizada,  
sintiendo con orgullo su silbido

retronar en la bóveda azulada,  
corría el barco aquel, fuerte y osado,  
como un potro gigante desbocado  
en la inmensa llanura de la nada.

Y al blando són del apacible viento,  
dejándose mecer como una pluma,  
cabeceaba con suave movimiento  
entre rayos de luz y olas de espuma,



LA SEMANA CÓMICA.  
LAS NUEVAS TARIFAS, *por Cilla*



—¿Para dónde?—Para Utrera.  
—¿Cuánto?—Un millón... dos... tres... seis... siete...  
—¿No que toma billete  
de primera).



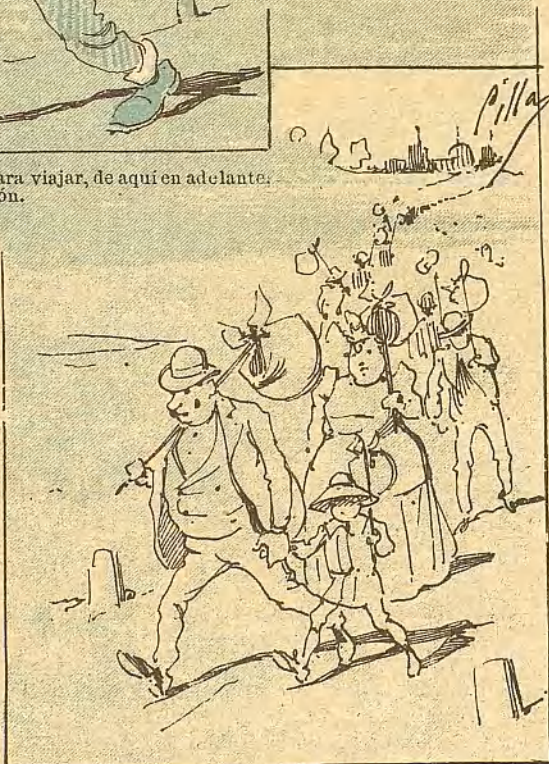
—Pero ¿qué va á ser de los viajeros  
con esos precios?

—Tranquilízate, hombre; que dice  
*La Correspondencia* que cuanto más  
se suban las tarifas, mejor para los  
que viajan. Yo no sé como; pero me-  
jor para los que viajan.

Medio de que se valdrán para viajar, de aquí en adelante,  
las personas de buena posición.



—Pero ¿qué es eso? ¿Tú pidiéndome un duro y tan des-  
gozado? ¿Un hombre que gozaba de una tan buena fortuna!  
—¿Qué quieres! He tenido que hacer un viajecito á Lé-ri-  
con las nuevas tarifas..... y vengo á que me des para  
mañana.



Prospectiva risueña y lisonjera  
para los que antes iban en tercera.



LA SEMANA CÓMICA.  
DE LO VIVO Á LO PINTADO, por Pons.



Como debieron ser los arrogantes tercios de Flandes, según nos los pintan.

Como eran los arrogantes tercios de Flandes, según los datos más auténticos.



dejando en el espejo, en que ríela  
la luna cabrilleos de diamantes,  
la cola larga y blanca de su estela  
salpicada de puntos rutilantes.

De pronto, á una violenta sacudida,  
por la fuerza del golpe parecida  
al potente chocar de dos montañas,  
lanza un ronco alarido aquel coloso,  
como si otro gigante poderoso,  
le hubiera desgarrado las entrañas.

Para en seco el vapor, que centellea  
envueltos en negruzcas bocanadas  
gritos rancos y nubes abrasadas  
por la boca de la ancha chimenea;  
y á la voz de «¡A los botes! ¡A los botes!»  
marinos y viajeros confundidos  
salen de los oscuros camarotes  
corriéndolo aquí y allá despavoridos.

«¡Que está llegando el agua á la obra muerta!»  
grita una voz por el terror potente,  
ahogando el griterío de la gente  
que se agolpa y se empuja en la cubierta,  
y en torno de los botes, apiñada  
aquella multitud horrorizada  
que se muere y golpea sin pretexto,  
da prisa á la maniobra y grita en vano,  
mientras defiende cada cual su puesto  
decidido á matar, cuchillo en mano.

## II

Cuando el barco se hundió como una sombra  
en el cristal del agua disfumada,  
quedaron nada más sobre la alfombra  
de aquella mar azul, quieta y rizada,  
un bote, en el que, ansiosos, estrujándose,  
juraban unos cuantos marineros  
y en derredor del bote, disputándose,  
á arañazos, mordiscos y puñadas,  
salva-vidas toneles y maderos,

cuatro ó cinco mujeres alocadas  
y algunos pasajeros.....

Estaba entre ellos Juan; el buen esposo  
de la mujer más bella,  
y luchaba frenético, furioso,  
por no salvarse sin salvarla á ella.

Le costó ahogar á dos..... Pero ¿qué? ¡Si eran  
una argolla de hierro sus abrazos  
para ahogar á las fieras que quisieran  
quitarle aquella tabla de los brazos!

—Mira,—dijo á su esposa,—ásete fuerte  
á esta tabla, ten calma,

y no la sueltes nunca, alma del alma,  
que soltarla es asirse de la muerte.  
Yo te voy á dejar, porque á ella asidos,  
quizá nos ahogáramos los dos.

Aunque viejo, mis músculos fornidos  
quizá me salven si me ayuda Dios.—

Le dió un beso larguísimo en la frente,  
ciñó su cuello con mortal anhelo,  
y se alejó gritando balbuciente:

—Si llevo á tierra ¡allí! Si no..... ¡hasta el cielo!

## III

Cuando el héroe animoso de aquel día  
poco á poco nadando se alejaba,  
quiso volver á ver (si es que veía  
á través de aquel llanto en que se ahogaba)  
á aquella esposa, á la que tanto amaba  
que por sólo mirarla se ahogaría.

¡Maldición! Aferrándose al madero  
la joven compañera idolatrada,  
estendía su mano delicada  
á un joven y fornido marinero...  
Crispó los puños Juan con saña impía,  
vaciló su temible fortaleza  
y abrazándose al mar y á su agonía  
escondió entre las aguas la cabeza.....

MARCIAL DE LOS RÍOS

## EL CLAVEL

Maruja, la sobrina del alcalde,  
era una chica de sin par gracejo  
guapa, garrida, de floridos labios  
de buenas formas y gallardo cuerpo.  
La idolatraba el molinero Pepe,  
mas ella despreciaba al molinero,  
por preferir á Roque, el hacendado  
que era el más rico que tenía el pueblo.  
Y es que las campesinas  
de sencillas costumbres y deseos  
suelen, como las chicas de la corte,  
preferir al que tiene más dinero.  
El pobre Pepe la seguía en vano,  
sufriendo siempre sus desdenes fieros,  
recibiendo un sofión cada minuto,

sin comprender el necio  
que aunque tenía un corazón de oro,  
no lo podía desprender del pecho  
y no hubiera pesado ni tres onzas,  
de las que su rival tenía cientos.

En cambio, Roque recibía siempre  
cariñosos extremos  
por parte de Maruja la taimada,  
que no quería por ningún concepto  
perder una ocasión de las que pocas  
se suelen presentar en estos tiempos.

Tenía en la ventana la chiquilla  
un diminuto tiesto,  
donde un clavel hermoso y encarnado  
lanzaba al aire su perfume denso.



Una noche, su novio  
llegó á la calle en el fatal momento  
en que Pepe asomaba por la esquina  
de ver á su ilusión con el deseo.

Ellos lo vió venir, y deseando  
hacer un buen desaire al molinero,  
el clavel arrancó y echólo á tierra  
bien cerca de su Roque, por supuesto;  
pero quiso la suerte que su madre  
la diera desde dentro  
una voz y se fué de la ventana  
sin mirar hacia el suelo.

Pepe cogió el clavel con ansia loca;  
Roque se lo quitó con golpe récio,

brillaron las navajas... y el ricacho  
del campesino la clavó en el pecho.  
Escapó con la flor, mientras la sangre  
manchaba la chaqueta del obrero,  
que se apoyó junto al farol del muro  
exánime y muriendo.

Volvió la Marujilla á la ventana  
vió la mancha de sangre, dió un violento  
portazo y retiróse prontamente  
enojada y diciendo:

—¡Qué degradada soy! ¡Es mala sombra!  
¡¡Ya ha cogido el clavel ese mostrenco!!

JOSÉ M.<sup>a</sup> DE LA TORRE.

## LOS OJOS DE LOS POBRES

(DE BAUDELAIRE)

¿Que por qué te aborrezco, me preguntas? ¿Que por qué se ha convertido en desprecio todo aquel amor inmenso y puro que por ti sentía? Atiende bien y óyelo, que menos fácil te será á ti comprenderlo que á mí explicártelo. Oyeme, pobre mujer.

Habíamos pasado juntos el día; todo un venturoso y hermosísimo día, que á mí me había parecido muy corto. Durante él, habíamos prometido que en adelante formarían un sólo pensamiento nuestros dos pensamientos, como habían de formar un alma sola nuestras dos almas. ¿Te acuerdas? ¡Fué un sueño! Un sueño que nada tiene de original, como no sea que, acariciado por todos los hombres, no ha podido jamás ser realizado por ninguno.

Salimos por la noche á paseo. Tú, fatigada, quisiste descansar en un café; en aquel café nuevo de la esquina, que precisamente había sido inaugurado el mismo día. Y entramos.

El salón deslumbraba. El mismo gas, como poseído de su importancia en aquel momento, parecía desplegar, al esparcir su claridad por los ámbitos de la sala, todo el ardor de un *debut*. Y los tapizados muros, los grandes espejos, el oro de los adornos, y las ricas pinturas en que ninfas y diosas figuraban ofrecer á los mortales cuantas bebidas podían aplacar su sed ó excitar su golosina, deslumbraban, cegaban y aturdían. ¡Qué hermoso era aquello! ¡Qué hermoso y que rico!

De pié, en la calle y junto á la puerta, vimos un hombre. Tendría unos cuarenta años, la cara fatigada, la barba grisácea, el aspecto pobre. Daba la mano derecha á un niño como de diez años y en el brazo izquierdo llevaba otro más pequeño, demasiado tierno todavía para saber andar, demasiado débil quizás para poder sostenerse. El pobre parecía cumplir el oficio de madre y sacaba sin duda á sus pequeñuelos á que respirasen el aire de la noche.

Y los tres miraban al café.... Aquellas tres caras estaban extraordinariamente serias y aquellos seis ojos contemplaban fijamente el local con una admiración análoga en los seis, pero de matices diversos según la gradación de sus edades.

Tú no lo viste, pero yo lo vi. Los ojos del padre parecían decir: «¡Qué hermoso! ¡qué hermoso.... y cuántas cosas les compraría yo á mis pequeñuelos con el oro que aquí se ha empleado en adornos!» Y los del muchacho: «¡Qué hermoso! ¡qué hermoso.... y que lástima que, aquí no entren sinó las gentes que no son como nosotros!» En cuanto á los ojos del pequeñuelo, estaban demasiado fascinados para expresar otra cosa que una alegría estúpida y profunda.

Yo he leído, no sé en donde, que la felicidad hace buena el alma y ablanda el corazón. Y es verdad. Porque no solo me enternecieron aquellas miradas de admiración no contenida, sino que me sentí como avergonzado ante aquellos refrescos y aquellas bebidas mayores que nuestra sed. Y te miré entonces, amor mío; clavé mi mirada en la tuya, queriendo leer en ella mi mismo pensamiento. Y cuando en esos tus ojos azules que eran mi encanto buscaba un reflejo de aquel amor inmenso que, porque te adoraba, sentía yo por la humanidad entera, abriste tú la boca y con esa tu adorable vocecita, me dijiste:

—¡Cuánto me cargan esos pobres con sus ojos tan grandes como huevos! ¡No sé por qué el camarero no los despie de aquí!»

Y allí, en aquel punto, acabó la historia de aquel amor mío. Porque, repugnancia ó desprecio, repulsión ó indiferencia, yo sentí entonces algo que aún hoy mismo no sé explicarte; algo que me separa de ti para siempre.

J. FERNANDEZ DE LA REGUERA.



LA SEMANA CÓMICA.  
**UNA JUGARRETA**, por Renau  
(DE FOTOGRAFÍAS DE D. C. SAURI CONDE.)



Me he manchado las manos de carbón y..... ¡No es partida la que  
voy a jugarle a mamá!



Mamá ¡un abrazo!



¡Anda, anda! ¡qué manos te he pintado en la cara!



## DIÁLOGOS

—¿Con qué Enrique casó ayer....?  
 —Sí: con Angustias de Olea,  
 una vieja sorda y fea.  
 —¿Y la tomó por mujer....?  
 —Llevó de dote un millón,  
 y aunke el mundo se alborote....  
 —¿Qué dote....? ¡No digais dote!  
 ¡Es una indemnización!

## II.

—Desde que inventó un señor  
 la pólvora, no comprendo  
 por qué se sigue sirviendo  
 de las flechas el amor!  
 —Pudieran sus estampidos,  
 en los lancés amorosos....  
 —¿Avisar á los celosos?  
 —¿Despertar á los maridos!

## III.

Lugar de la escena: el Prado.  
 Personajes: dos amigos  
 y un muchachuelo andrajoso  
 con apariencias de tísico.  
 —Una limosna, por Dios.  
 —¡Quita!  
 —Para un panecillo...  
 —Toma.

—¡Que Dios se lo pague!  
 —¡Así fomentas el vicio!  
 —¡Si es un pobre!  
 —¡Que se muera!  
 —Lástima que seas tan rico,  
 siendo un avaro.  
 —¿Yo avaro?  
 —¡Como que jamás te he visto  
 dar una limosna!  
 —Es que....

—Socorre á ese pobrellito;  
 vamos.... ¿A qué no lo haces?  
 —¿Qué no....?  
 —Como te lo digo.  
 —¿Apuestas cuatro pesetas  
 que le doy un perro chico?

## IV.

—¡Jesus, qué generación!  
 Todo baja, esto es fatal.  
 En baja el nivel moral,  
 en baja la inspiración,  
 la fe, el arte, el capital....  
 Todo baja de tal modo,  
 que ya rueda por el lo lo  
 la virtud de las mujeres....  
 —¡Y aquí, donde baja todo,  
 no bajan los alquileres!

## V.

Es un tren exprés. Recorre  
 con arreglo á reglamento,  
 y en velocidad pasmosa,  
 un paisaje pintoresco.  
 En un coche de primera  
 se hallan solos dos viajeros:  
 ella y él. Las cortinillas  
 caídas. Calma y silencio.  
 Circula por el estribo  
 un revisor indiscreto:  
 abre aquel wagón, saluda,  
 y torciendo un poco el gesto,  
 dice con voz imperiosa,  
 dirigiéndose al viajero:  
 —Joven, tenga usted presente  
 que este no es tren de recreo.

## VI.

—¡Ella es mi bien, mi alegría...!  
 ¡Si yo no fuera cobarde....!  
 —¡Declárate!  
 —Sí lo haría;  
 pero temo llegar tarde.  
 —¡Hombre, pues toma el tranvía!

E. NAVARRO GONZALVO.

## GRAVEDAD INMINENTE

—Doctor, tenga cuidado, que el pobre se nos muere;  
 le dan las epidemias un miedo tan cerval,  
 que va á ponerse grave.

—Pues voy á entrar.

—Espere,  
 que el verle así, de pronto, pudiera hacerle mal.

El sabe que hay viruelas, anginas gangrenosas,  
 que hay muchas defunciones, y tiene una aprensión,  
 que teme le hagan daño las más sencillas cosas,  
 y espera de usted sólo su pronta curación.

—D. Juan, felices días.

—Señor doctor, me muero  
 si sigue esta epidemia; le digo con verdad  
 que en estas circunstancias mi salvación no espero,  
 ¡Qué males más horribles! ¡y qué mortalidad!

He dicho que me compren sulfato de quinina,  
 bismuto, breá y yodo, low blanco y alcanfor...  
 Observe mi garganta... quizá tenga una angina...  
 Doctor, estoy muy triste... ¿tendré yo algún dolor?  
 En cada átomo de aire se encuentra una bacteria,

microbios en el agua, microbios en el pan,  
 el cólera de un lado, del otro la difteria...  
 no hay para mi remedio. ¡Te mueres, pobre Juan!

Si toma usted mi pulso, si toca usted mi frente,  
 verá si encuentra cosas que llamen su atención;  
 no sé si es calentura; el caso es que se siente  
 latir con gran violencia mi pobre corazón.

No salgá por la noche, y evito así el catarro;  
 si llueve aquí me quedo, porque llegué á saber  
 que un médico ha encontrado microbios en el barro,  
 y si los voy pisando, los tengo que coger.

—Pero, D. Juan, ¿qué tiene? Su pulso está tranquilo,  
 su vientre está muy sano, su estómago también.

—Recéteme usted algo, mi vida está en un hilo:  
 ¡por Dios! no me abandone, que no me siento bien.  
 Aquí hay pluma y tintero, recete cualquier cosa.

—Si no tiene usted nada, ¿qué voy á recetar?

—Cualquier preservativo... jarabe... cinoglosa...

—¡Si no está usted enfermo!...

—¡Pero lo puedo estar!

JUAN LORENTE DE URRAZA.



## ¡QUE BIGOTAZOS!

No puedo negar que aquel hombre llegó a inspirarme miedo.

Casi todos los días pasaba por la acera de frente a mi casa al mismo tiempo que yo regaba los tiestos de mis balcones.

Eramos él y yo dos relojes unícionos que hubieran satisfecho y halagado la manía de Carlos V.

Yo soy metódico y hago todas las cosas a hora fija. El sujeto de los bigotazos era tan metódico como yo. Abría, pues, mi balcón con la regadera en la mano, y él descendía pausadamente por la cuesta que forma la calle.

Así es que muchos días decía yo a mi criada:

—Trae la regadera, que ya debe venir hacia acá el de los bigotes.

Su presencia, como digo, me imponía respeto.

Era un hombre como de unos cincuenta años, alto, buen mozo; allá en sus juventudes debió haber conquistado más de cuatro corazones femeninos, porque, como ha dicho Paul de Kock, hay muchas mujeres que se dejan seducir por las apariencias, y luego.... (también estos puntos suspensivos son de Paul de Kock).

Vestía bien, con seriedad y con cierta elegancia. Gran levita, sombrero de copa, pantalones flamantes, bota lustrosa, guante negro, y llevaba constantemente un bastón fuerte, pero elegante, así como si a la maza de Hércules le hubieran puesto un puño de marfil y una contera de plata.

El aspecto marcial de este sujeto me hacía presumir que había servido en nuestro ejército. ¡Qué hermosa figura debió ser allá, cuando vistiera el uniforme de guardia de Corps ó de Alabardero!

Pues ¿y en el campo de batalla? Aquel color cetrino, tostado por la inclemencia del tiempo y el humo de la pólvora; aquel entrecejo fruncido por el hábito de poner *cara feroce* al enemigo; aquel brazo de hierro, que debió manejar una pesada espada, convirtiendo el acero en rayo destructor... todo aquello me inducía a creer que aquel sujeto era un Atila, a quien las balas y el hierro enemigo habían respetado, y que, cansado de matar hombres, había pedido su baja en las filas, retirándose a vivir con el fruto de sus economías y los tres quintos de paga que le hubieran quedado.

El primer día que le vi me causó asombro, luego respeto; pero concluí por cobrarle terror.

Porque lo más imponente de su figura eran los bigotes. ¡Qué bigotes aquellos! Más que bigotes parecían una cabellera nacida en el labio superior. Eran negros, lustrosos, y caían hasta la barbilla, siendo una especie de telón de su boca. Tras de los bigotes podía sonreírse y hacer cuantos gestos quisiera a escondida de los demás.

A veces me preocupaba una duda. ¿Cómo comerá este hombre?—me decía yo.—Meterá la comida por debajo del bigote ó descorrerá esas cortinas hacia los lados para dar paso a la cuchara.

Mi amigo Segarra, dijo en una ocasión una frase que describía al sujeto. Hablándole yo de él, y de su gravedad y de su aspecto marcial, me dijo:

—Sí; ya sé quién es; no me des más señas; le conozco de verle pasear por las calles. Es un señor que lleva una zamarra colgada debajo de las narices.

Transcurrió mucho tiempo. Él debía vivir cerca de mi casa, porque eso de pasar por la calle al propio tiempo que yo regaba mis macetas, era demasiada casualidad.

Afortunadamente, siempre iba por la acera de enfrente, lo cual me tranquilizaba hasta cierto punto, porque sólo el pensar en que un día pudiera haber caído agua sobre su lustroso sombrero de copa, me ponía la carne de gallina.

¡Con aquella cara, con aquellas manos, con aquel bastón...! Me hubiera deshecho sin remedio, como deshago yo con el zapato las hormigas que encuentro a mi paso.

Un duelo entre los dos era imposible. No hubiéramos encontrado amigos que apadrinaran una lucha tan desigual. ¿Cuándo se ha visto reñir un jilguero con una pantera?

De día en día fué creciendo mi curiosidad por saber antecedentes de aquel sujeto; pero nadie satisfizo mis deseos. De todas las personas a quienes me dirigí preguntando, recibí igual contestación:

—Sí; le conozco de vista; es uno alto, buen mozo, ya maduro, y con unos bigotazos que parecen artificiales de puro exagerados.

Pues, señor, un día quiso mi mala estrella que levantaran las losas de la acera de enfrente para hacer no se que reparación los operarios del Ayuntamiento, y quedó, por tanto, interrumpido el tránsito por allí; la gente que pasaba por mi calle no tenía más remedio que tomar la acera situada debajo de mis balcones.

Salgo a regar mis plantas, según costumbre, y ¡oh dolor! la regadera se escapa de mis manos por un movimiento involuntario, cae, viértese el agua y se convierte mi balcón en un Niágara improvisado.

—¡Por vida de...! exclamó. Me asomo a la barandilla, miro, y... ¡Santo Cristo del Perdón, lo que vi!

Mi hombre, el militarote, el de los bigotazos, recibía sobre su flamante sombrero y su pulcra levita el desbordado Nilo que bajaba de mi balcón.

Si el terror matara, en aquel momento hubiera yo caído desplomado como si un rayo hubiera penetrado en mí.

Cerré las vidrieras con estrépito, oí ruido de cristales rotos que bajan produciendo extrañas escalas musicales, cogí las maderas del balcón y cerré con esa energía que da el miedo de un grave peligro próximo, y me quedé extático.

Acudió mi familia al estrépito, toda asustada.



LA SEMANA CÓMICA.  
NUESTRAS BAÑISTAS, *por Figuer.*



Chica guapa, alegre y fresca,  
retrechera y re-catada,  
que se va á la mar salada  
para ver lo que se pesca.

Ayuntamiento de Madrid



LA SEMANA CÓMICA.  
EL RESULTADO DE UN PLEITO, por *Mecachis*..



—Pues señor, aquí tengo las 20.000 pesetas del pleito. Sepamos ahora lo que tengo que abonar á los de la curia. Veamos las cuentas.



—Estas 7.000 pesetas para el abogado. Bien merecidas las tiene, porque si no es por él....



—Estas otras 3.000 para el procurador. También el pobrecito las tiene bien ganadas porque....



—Para el reintegro del papel sellado estas 8.500 pesetejas. Algo caro sale esto; pero con-  
vengamos en que es justo, porque si no hu-  
biera habido tribunales de justicia....



—Para gastos de escribanía, 2.200 pesetas. Tampoco es caro; pero.... ¡Digo! si no me quedan más que 1.700 pesetas. Es decir, que tengo que poner dinero encima!....



—Ahora comprendo por qué me decían to-  
dos los de la curia: ¡Hemos ganado el pleito!  
¡Ya lo creo que lo han ganado!.... Digo, si....  
digo.... en fin, no digo nada.



—¿Qué pasa?  
 —¿Qué es eso?  
 —¿Qué desgracia ocurre?  
 —¡Nada! ¡Nada!—dije.—¡Todos quietos! ¡Silencio! ¡Mucho silencio! ¡Si llaman a la puerta, no abráis! ¡Corre grave riesgo mi vida! He echado una regadera de agua sobre el hombre de los bigotazos, sobre ese ogro, que subirá y me querrá hacer picadillo! Malditos sean los tiestos, y las plantas, y las flores, y la ridícula pasión botánico-casera....

—¡Nada! ¡Nada! Mañana mismo se regalan los tiestos.

—Sobre todo, como ese hombre me habrá matado ya, no habrá quien los riegue.

—¡Oigo pasos precipitados!

—¡Suben por la escalera!

—¡Ay, Dios mío! Yo pecador....

Sonó un fuerte campanillazo.

—¡No abráis! ¡Silencio! ¡Me mata si entra!

Luego sonó un campanillazo más fuerte, luego otro, luego comenzó un campanilleo atroz, mezclado con voces de «¡abra usted! ¡abra usted a la autoridad!»

—¿A la autoridad?

—¿Será él, que se las echa de autoridad?

—¡Mirad con cuidado por el ventanillo!

—¡No es él! Es un guardia municipal.

—¡A ver! ¡A ver! ¡Abre!

Y entró un guardia, en efecto, y sin quitarse el kepis, porque cumplidos entre autoridades y vecinos son excusados, me pronunció el siguiente discurso con acento marcadamente gallego:

—Ya le tengo a usted alvertido una sinfinidad de veces que las horas del riego son dende las doce de la noche hasta el lucero del alba. Cumpliendu, pues, mis deberes de autoridad, mañana vendrá la cita y pajará ustez la multa.

—Tiene usted razón, señor guardia, tiene usted razón. Y estoy dispuesto a pagar la multa y a gratificarle a usted para que no me permita nunca infringir las ordenanzas de policía. ¡Ah! ¡Si todo se arreglara con eso! No digo una multa, ¡mil pagaría yo! Pero ese hombre, ese caballero de los bigotazos que ha recibido todo el chaparrón....

—¡Ah, sí! Supongu que no quedará usted que le haya gustadu el baño.

—¿Qué he de querer! Pero ¿me espera abajo en el portal?

—Nu, señor! Fuese calle abaju, jurandu y perjurandu.

—¡Dios mío! ¡Compasión!

—Jurandu y perjurandu que no vuelve a pasar pur esta calle, porque dice que los sombrerús le cuestan a cuatro durus!

—Pues es raro que un militar se contente con tan humilde resolución.

—¡El nu es melitar!

—¿No?

—¡Nu, señor! ¡Es comadrón, pero nu ejerce!

—¿Por qué?

—¡Porque dice que nu puede ver lástimas, y que se asusta cada vez que tiene que sacar un chico al mundu. ¡Cosas de los hombres!

¿Qué peso me quitó el guardia de encima!

¿Cómo es posible que un hombre que tiene aquellos bigotazos y aquellas formas de atleta tenga miedo a nada?

Pues ahí verá usted.

Lo que yo puedo decir, es que no he vuelto a verle el pelo.

¡Y cuidado si tiene pelos el hombre!

MANUEL MATOSES.

## LA CAMINANTE

Por el camino adelante  
 va la gallarda Loreto,  
 con un andar menudito  
 y un gracioso contoneo  
 y un no sé que en el semblante,  
 y un no sé cómo en el cuerpo,  
 que deja a cualquiera extático  
 por lo que tiene de estético.

Va contenta, si se juzga  
 por su canto su contento,  
 aunque á veces hay quien canta  
 llevando espinitas dentro.  
 (Y no aludo á los pescados.  
 Hablo en tropo, y yo me entiendo.)

Va la moza ensimismada,  
 desdeñando chicoleos  
 que la dirigen osados,  
 cuando llegan á su encuentro,

cien Tenorios trashumantes,  
 vestidos de carreteros,  
 y algunos guardias civiles,  
 á quienes ve con recelo,  
 porque roba corazones  
 con muchísimo salero,  
 y porque mata esperanzas  
 casi siempre recibiendo.

Sigue su ruta la moza  
 sin variar de movimiento,  
 ni pararse á beber agua  
 en algún manso arroyuelo,  
 ni descansar ni un instante  
 para tomar nuevo aliento.

¿A dónde va tan deprisa  
 la encantadora Loreto,  
 la del andar menudito  
 y el airoso contoneo?

¿A dónde va por el campo  
 cantando como un jilguero,  
 la más bella caminante  
 que han conocido los tiempos?

¿A dónde va, hollando apenas  
 el camino polvoriento?....

¡Ah, lector! Si eres curioso  
 y te interesa Loreto,

y quieres de un modo fijo  
 conocer su derrotero,

te vas tras ella, la alcanzas,  
 la preguntas al momento:

—¿A dónde va Vd?.... Entonces  
 ella responde.... y *laus Deo*;  
 pues lo que es yo, ni lo sé  
 no me hace falta saberlo.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.



## EXPLOSIVOS

Salitre, azufre y carbón,  
los tres separadamente,  
son a cual más inocente  
y de buena condición;  
pero si mezclados son  
según fórmula sabida,  
intimamente batida,

la reunión de los tres  
da la pólvora, que es  
de todo el mundo temida.  
Así mismo, la mujer,  
si está aislada, es humilde,  
timida, débil, juiciosa...  
en lo que ella puede ser;

Mas las juntas, y hay que ver  
que dos juntas en la tierra,  
son de condición tan perra  
y arman tan tremendo lio,  
que... ¡caballeros, me rio  
de la pólvora de guerra!  
MANUEL LASSA Y NUÑO.

## CHIRIGOTAS

Una advertencia.

El presente número, como todos los que en lo sucesivo publicaremos a dos colores,—que algunos publicaremos, Dios mediante y con la ayuda de Vdes.—debe ser expendido al precio usual: quince céntimos de peseta.

Hago esta advertencia, porque nunca falta en estos casos quien intente aprovecharse de la variación... y cobrar por el aumento más de lo debido.

Esto es un extraordinario que hacemos en beneficio de Vdes.....

Y nada más.

542. Y se hundió con estrépito la parra de *Las Campanadas*. Y el público que asistía a Eldorado dijo «¡Oh!», con horror.

543. Por que con la parra se hundieron dos actores a quienes el pueblo de aquel tiempo quería mucho. Y Emilio Mesejo se llamaba el uno, Y José Bosch el otro.

544. Y con magullamientos de su cuerpo pagó Mesejo la caída. Y con sangre de su cabeza bañó Bosch su cara.

545. Y he aquí que decía el pueblo: ¡Señor, Señor, qué desgracia! Y añadía: Pero a nadie la culpa sea dada.

546. Y se estrenó después *La Revista*. Que era una obra muy mala y muy entretenida de un autor a quien por aquel tiempo llamaban Miguel Echegaray.

547. Y he aquí que al sacar una espada con violencia, quedóse Mesejo con la empuñadura en la mano. Y la hoja se desprendió. Y despedida voló por los aires. Y a la platea dirigió su camino.

548. Rastro de sonidos dejaba en su carrera y empuje de rayo llevaba en su velocidad.

549. Y Jehová es bueno. Y ningún agujero fue hecho en la piel de los espectadores.

550. Y dijo Mesejo: ¡Mecachis! Que en caldeo quiere decir «Lucas Gómez.»

551. Y el pueblo empezó a decir: Me escamo. Y a preguntar si no había por allí un revisador o alguien que evitase esos accidentes.

552. Por aquel tiempo había en Barcino un actor llamado Sanjuán.

553. Y sucedió que Sanjuán salía en *La Revista*.

554. De jardinero era su papel y una hermosa regadera lucía su mano.

555. Y he aquí que al agitar la regadera, se desprendió de ella el tubito.

556. El cual fué a dar con mucha gracia en las narices de un concurrente.

557. Y clamaban unos: Decidnos ¡oh señor! donde hay una sociedad de seguros sobre la vida.

558. Porque esta noche quiero ir a Eldorado. Y en verdad te digo que me dolería dejar a mis hijos en la indigencia.

559. Y clamaban otros: Estos señores se han propuesto tirarnos cositas a la cabeza.

560. Por lo cual, despues en aquel pueblo se iba a los entierros con levita. Y a los toros con abanico.

561. Y al Eldorado con anti-espasmódico.....

Dejemos el tono biblico..... y vámonos al Tivoli.....

Está ahí cerca: a un piso.

*Miss Helyett*, la ópereta de Ducheron y Audran, arreglo de Salvador María Granés, estrenada el sábado, ha sido un éxito; un éxito verdad sin zurcidos ni mezclas de algodón.

Dicen que por méritos de *Miss Helyett*, entró Mr. Ducheron, su autor, en la Academia Francesa. Creo que no hay para tanto; pero de todos modos, acusa el libro la mano de un autor de talento. Y en cuanto a la música, es también lindísima y digna de Audran.

El arreglo español está hecho en verso, ripioso a ratos, pero en general, sonoro y fácil y bien hecho. Mis plácemes a Granés; no por lo de los ripios, sino por lo otro.

Soler y Roviroza es el mejor escenógrafo de España. Dicen los que lo pueden saber que es uno de los mejores de Europa. No tiene, pues, nada de particular que sus dos decoraciones sean preciosas. ¡Y lo son, vive Dios! ¡vaya si lo son!

Yo felicito a la empresa

con todo mi corazón,

¡*Miss Helyett*! ¡Qué inglesa esa!

Eliás, con esa inglesa

¡ha encontrado usted un filón!

## SOLUCIÓN

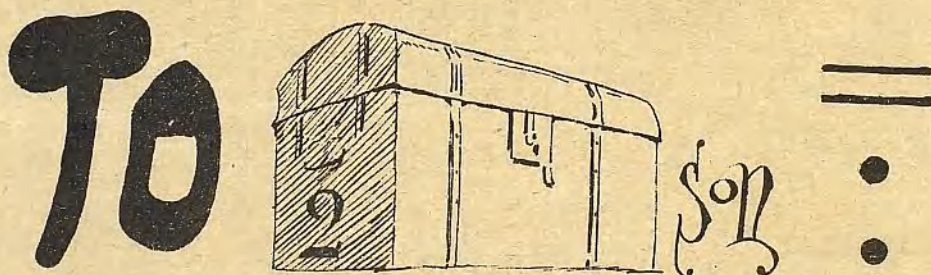
SOLUCIÓN AL GEROGLÍFICO DEL NÚMERO PASADO

Sobre lo que no te toca, punto en boca

Tipografía, calle del Conde del Asalto, núm. 31, bajos.—Barcelona.



LA SEMANA CÓMICA.  
GEROGLÍFICO, por Lago.



(La solución en el número próximo).

## CASAS RECOMENDADAS

POR

### LA SEMANA CÓMICA

<b>AGUAS AZOADAS</b> Gran establecimiento.—Pelayo, 32	<b>SOMBRERERÍA</b> La Económica.—Calle de San Ramon, 25
<b>ALMACÉN DE PAPEL</b> de Baldomero Llopis.—Duque Victoria, 13	<b>TRASPARENTES</b> Morera, 6, 1.º, (Travesía de la calle del Hospital)
<b>ARMAS Y OBJETOS DE CAZA</b> de Luis Vives.—Fernando VII, 35	<b>VENTA DE PERIÓDICOS</b> Kiosko de D. J. Tasso.—Rambla de las Flores
<b>ARTÍCULOS DE GOMA É IMPERMEABLES</b> La Villa de Pará.—Rambla del Centro, 12	<b>VINOS</b> del Marqués de Mudela.—Consejo de Ciento, 339, 3.º
<b>CAFÉ-RESTAURANT</b> La Alhambra.—Paseo de Gracia, 25	<b>GOLMADO</b> La Tropical.—Rambla de Canaletas, 3
<b>CAMISERÍA</b> La Reforma.—Plaza de Sta. Ana, 14 y Canuda, 28	<b>GORBATERÍA</b> La Corbatinera.—Escudillers, 61
<b>CARNICERÍA</b> Modelo.—Rambla de las Flores, 27	<b>DENTISTA</b> F. Bau.—Rambla de las Flores, 1
<b>CASA DE HUÉSPEDES</b> La Milanesa.—Plaza del Teatro, 3	<b>DROGUERÍA</b> de los Hijos de A. Busquets y Durán.—S. Pablo, 19
<b>CHOCOLATES</b> de la Compañía Colonial.—Depósito: Bajada de S. Miguel, 3	<b>DULCERÍA</b> de Parent Hermanos.—Rambla del Centro, 36
<b>CERVEGERÍA</b> de Gambrinus.—Rambla Sta. Mónica, 29	<b>FARMACIA</b> del Dr. Pizá.—Plaza del Pino, 4
<b>OBJETOS MILITARES</b> de J. Medina.—Plaza del Teatro, 3	<b>FOTOGRAFÍA</b> de A. Esplugas.—Plaza del Teatro, 7
<b>ORTOPÉDICO</b> Palau.—Ancha, 12	<b>HOTEL</b> Falcón.—Plaza del Teatro, 5
<b>PERIÓDICO</b> La Semana Cómica.—(¡Naturalmente!)	<b>IMPRENTA</b> de E. Martin Gali.—Oonde del Asalto, 31
<b>PIANOS</b> de Maseras é hijo.—Riera del Pino, 12	<b>LITOGRAFÍA</b> de J. Sivilla.—Baja de San Pedro, 33
<b>POSADA</b> de San Agustín.—Calle del Hospital	<b>MAQUINA DE COSER</b> de Santasusagna. — Carmen, 31
<b>SASTRERÍA</b> El Leon Español.—Rambla de Sta. Mónica, 8	<b>MUEBLERÍA</b> de J. Codornin.—Escudillers, 81